

CONFERENCIA V

LA JUSTICIA CRISTIANA

1. **Los ataques contra la moral cristiana son un testimonio en favor de nuestra fe.**—Lo que constituye la piedra de escándalo en el Cristianismo es evidentemente su doctrina sobre la fe. Á pesar de esto, quizás acabaría el mundo por vencer la repugnancia que le inspira la fe, si solamente se pudiese transigir con él en lo relativo á la vida externa. Desagradable es á una alma, falta de educación, encontrarse frente á frente de un poder cuyas exigencias penetran las profundidades más secretas del espíritu. Sin embargo, siempre es posible sustraer más ó menos el interior á las miradas de este poder. Pero que exija éste también, con la misma autoridad, la acción exterior, y no sólo una acción arbitraria elegida por nosotros mismos, sino todo un conjunto de acciones que deben estar en armonía con su espíritu, y entonces no tardaremos en ver que se les acaba la paciencia aun á aquellos que de ordinario manifiestan cierta noble y misericordiosa tolerancia con los dogmas cristianos. Esto es lo que uno puede comprobar por la forma de los ataques que actualmente tienen lugar.

Ninguna queja—dicen—tendrían contra nuestra religión, si únicamente exigiese de nosotros cosas no superiores á nuestra capacidad humana. Pero ninguna contemplación tiene con nuestra debilidad, y nos ordena lo que es imposible cumplir. ⁽¹⁾ Mas ¿queréis decirnos cuáles son

(1) Así ya el judío Trifón (Justin., *Dial.* 10). El Concilio de Trento afirmó, contra los reformadores, la posibilidad del cumplimiento de la ley (S. 6. c. 18). Pío V lo hizo igualmente contra Baio (*Baui prop.* 54. Denzinger, *En-*

esos preceptos imposibles de cumplir? ¡Oh—nos responden. —Es difícil encontrar el principio y el fin de todo esto; preciso sería citar todos los mandamientos uno tras otro. ¿Qué quiere decir, por ejemplo, ese precepto de humanidad? ¿No es una exigencia insensata, exagerada é imposible de cumplir? ¿Qué significa también esa ley de la caridad cristiana? Exige ella de nosotros que amemos á todos los hombres sin excepción, aun á los que no nos han hecho ningún bien. Pero ¿no es este un precepto imposible de cumplir? Muchos mandamientos ordenan igualmente quebrantar el corazón, y esto no ciertamente, como se podría creer, para conquistar el honor á los ojos de los hombres y ventajas exteriores, sino únicamente porque Dios lo quiere. No es ciertamente por temor al castigo por lo que el cristiano debe transformar su corazón, ni porque le haya sido impuesto esto por un mandamiento imperioso, sino que debe hacerlo con alegría, con amor y con entusiasmo. ⁽¹⁾ ¿Qué usurpación inaudita de la religión, que se atreve así á ingerirse hasta en lo más profundo del corazón!

Pero esto no basta todavía á ese tirano inexorable. No satisfecho aún con el sentimiento interior, penetra despiadadamente en la acción externa. ⁽²⁾ No parece sino que no puede estar satisfecho, si no transforma, según sus leyes, al hombre por completo, con su inteligencia y su voluntad, su cuerpo y su alma. Pero lo más terrible aún, y lo que debería llamarse una cruel dureza, es que, en esta religión, la simple voluntad, y aun el simple deseo del pecado, sean ya considerados como pecado.

He aquí lo que supera toda medida. Con una religión que abriga semejantes pretensiones, el hombre no puede vivir, ya que ello equivale, en la vida espiritual y moral

chirid., 934), é Inocencio X, contra Jansenio (*Jansen. prop.* 1. Denzinger, 966). Cf. Augustin, *Perfect. justit.*, 1. *Nat. et grat.*, 43, 50; 69, 83. Concil. Arausic., II, c. 25 (Denzinger, 169).

(1) Rückert, *Culturgesch. d. deutsch. Volkes*, II, 292 y sig.

(2) *Ibid.*, II, 297 y sig.

completas, á producir una herida que no pueda curarse nunca. Antes de que el Cristianismo usurpase la dominación de los corazones, á nadie se le ocurrió jamás la idea de fijar la atención en los movimientos de la inteligencia y de la imaginación, ó reprimirlos. Él es el primero que ha difundido en los espíritus la idea monstruosa de que podía perderse la felicidad eterna por simples pensamientos y deseos. ⁽¹⁾ Así, pues, atrás semejante religión, porque ella no ha sido hecha para hombres, ya que exige demasiado.

Por el momento, he aquí una singular manera de justificar la incredulidad y de atacar al Cristianismo, por lo que nos parece que no sería posible tributar mayores alabanzas á nuestra doctrina. La incredulidad, que rehusa obedecerle por estas diferentes razones, no podría condenarse mejor de lo que lo hace; y nosotros estamos persuadidos de que, si alguien no se ha fijado hasta este momento en nuestra religión, semejantes reproches le harán reflexionar sobre ella, y si no le demuestran inmediatamente su verdadero valor, le inspirarán por lo menos la estimación por ella.

Aquí, como con frecuencia ocurre en otros puntos, nos sentimos profundamente reconocidos á nuestros adversarios, pudiendo de nuevo comprobar que la verdad de nuestra fe, tan natural, tan sencilla y tan modesta en toda su sublimidad, se manifiesta ya precisamente en que, todo ataque dirigido contra ella, acaba casi siempre inevitablemente por descarríos notorios y contra natura.

2. Las elevadas exigencias de la moral cristiana.

—Pero la justicia es el más fuerte escudo en el combate, y la equidad el más bello ornamento del vencedor. Cumplimos, no con un deber de modestia, sino de justicia, con un deber que, por otra parte, cumplimos con elevado y legítimo sentimiento, cuando limitamos considerablemente la gloria que la alabanza ó el reproche que acabamos de oír quisiera adjudicarnos. ¡Es, pues, ciertamente verdad.

(1) Rückert, *Culturgesch. d. deutsch. Volkes*, II, 292.

que la justicia cristiana lo haya renovado todo hasta en sus más profundas bases? ¿Es, pues, realmente verdad que los pueblos que precedieron al Cristianismo, estuvieron todos en un grado tan bajo como quisieran hacerlo creer aquí?

Fácil sería demostrar con centenares de citas tomadas de los filósofos y poetas antiguos y modernos, alejados del Cristianismo, ó que jamás han aprendido á conocerlo, que, fuera de nuestra religión, la concepción de la empresa moral del hombre es, en efecto y con frecuencia, tan baja ó imperfecta, que á veces puede muy bien decirse que no ofrece en manera alguna la idea de la perfección moral. Y al hablar así, no nos referimos únicamente á los hombres vulgares, sino que esta censura afecta aún á los espíritus que no forman parte de las mediocres muchedumbres. Cuando Horacio llamó *virtud* á la ausencia de vicio, comprendemos que es todo lo que uno tiene derecho á esperar de parte de un vividor epicúreo. ⁽¹⁾ Pero entre esos predicadores modernos de una filosofía más elevada, los cuales creen no poder expresarse con suficiente menosprecio sobre nuestra estrecha y mezquina moral de monjes, ¿cuántos hay que proclamen una moral más noble y mejor? Que se lance únicamente una mirada sobre esas reglas de vida y esas sentencias morales contenidas especialmente en las colecciones de modelos destinados á la juventud masculina y femenina, y se verá que provienen de las fuentes más diversas. La mayor parte de las veces, devóralas uno sin pensar en nada, y esto es lo que de mejor hay en ellas. Pero cuando uno procura penetrar su verdadero sentido, se asombra y aun se irrita de ver cómo toda acción moral es ordenada á las más mezquinas medidas de precaución, á una astucia de comerciante, á rasgos de habilidad diplomática, ó también á una vanidad y á un egoísmo miserables; cómo toda la moral está en ellas completamente despojada de todo carácter religioso y encaminada á una especie de estética ó de calistenia de que se tiene necesidad

(1) Horat., *Ep.* 1, 1, 41; Virtus est vitium fugere.

para presentarse en público, como, por ejemplo, llevar una corbata blanca y saber las cosas más elementales en materia de elegancia.

Sí, nuestra religión se haría acreedora á muy exigua gloria, si no tuviese más que rivales tan poco peligrosos como esas doctrinas morales modernas, que ciertamente contienen excelentes cosas, ya que conservan en sí gran número de adquisiciones cristianas, pero que casi siempre descienden por debajo del punto de mira de la antigüedad pagana, allí en donde se han separado de ésta. Inevitable es que el que se pone voluntariamente en contradicción con las verdades de la fe, es más extraño á ésta, que el que no la ha aceptado, porque no se le ha manifestado todavía la Revelación divina. De aquí que, no por despreciar á los modernos, sino simplemente para notar un hecho histórico, digamos que los antiguos eran dignos de luchar por emulación con nuestra doctrina moral.

Encontramos en sus labios muchas sentencias, que, no sólo superan de mucho la ética del Humanismo moderno, sino que están igualmente bien hechas para excitar en nosotros el más noble celo y para servir de base á una comparación entre la justicia del mundo y la cristiana. Y así, por ejemplo, dice Demócrito: «La victoria más hermosa consiste en vencernos á nosotros mismos; y la más vergonzosa derrota, en sucumbir á nuestros propios golpes.» ⁽¹⁾ «La peor de todas las cosas—enseña Demófilo—consiste en vivir sometidos á las pasiones como á un tirano.» ⁽²⁾ Según Pitágoras, sólo es libre quien no sirve á sus pasiones, ⁽³⁾ y, según Bías, sólo es miserable el que no sabe soportar su desgracia. ⁽⁴⁾ Conocerse á sí mismo ⁽⁵⁾ y procurar convertirse en semejante á Dios, ⁽⁶⁾ es el mejor camino para llegar

(1) Democritus (Müllach, *Frag. philos. Græc.*, I, 345, 75).

(2) Demophilus, (Müllach, I, 497, 11).

(3) Pythagor., *Sent.* (Müllach, I, 500, 6).

(4) Bias (Müllach, I, 228, 3).

(5) Chilon (Müllach, I, 216). Thalès, (Müllach, I, 227, 14).

(6) Sociades (Müllach, I, 217). Plato, *Theætet.*, 25, p. 176. b. *Rep.*, 10, p. 613, a.

á la virtud, dicen Sosiades, Quilón, Tales y Platón. Pero quien muestra ideas más elevadas es Aristóteles, el cual, de tal modo concibe la naturaleza de la moral, que uno casi cree oír á un asceta cristiano. «No es el éxito exterior,—dice—sino la intención interna lo que da ó quita su valor á una acción». ⁽¹⁾ «No todo consiste en realizar una buena acción; si alguno quiere que se diga de él que es virtuoso, preciso es que su buena intención descienda á la práctica.» ⁽²⁾ Estas y otras muchas sentencias son prueba evidente de que Rückert no tiene razón al creer que nadie puede concebir que se dé importancia á los movimientos del corazón, á menos que el Cristianismo le haya perturbado la inteligencia y la conciencia. Hay muchas lagunas en la moral pagana, pero, por lo menos, no ha olvidado enteramente el principio de que, para juzgar si una acción es buena ó mala, preciso es atender al interior, á la conciencia, al corazón, á la inteligencia, á la voluntad.

Doctrinas son estas sobre la virtud que merecen el nombre de tales, y es honroso querer rivalizar con ellas, porque ello no puede ocurrir sin dificultad. Pero la empresa del cristiano consiste, no sólo en rivalizar con ellas, sino en superarlas.

La doctrina cristiana no se contenta con aconsejar á cada uno de sus adeptos que aspire á algo mucho más elevado de lo que cualquier servidor del mundo pueda proponerse jamás, á algo más elevado de lo que puedan proponerse todos los filósofos, todos los educadores, todos los pedantes del Humanismo; sino que hace de ello una obligación verdadera y grande.

Nadie puede excusarse sobre este punto, diciendo que deja á los monjes y á los religiosos este trabajo y este honor, y que, personalmente, se contenta con un grado menor de virtud y de felicidad.

Porque no se trata aquí de una perfección más alta ó más baja, ni siquiera de una buena idea, sino de una

(1) Aristot., *Eth.*, 5, 9 (13), 15.

(2) *Ibid.*, 2, 4 (3), 3; 6, 12 (13), 7.

verdadera obligación que á todos afecta, ya que se trata de nuestro destino eterno.

En esto aparece ya claramente la superioridad de nuestra fe sobre toda sabiduría profana, ya que mientras que ésta no exige cierta elevación, sino que únicamente la espera de ciertos hombres escogidos, diríjese aquélla, por modo imperativo, á todos los que se le someten. La dulzura y los miramientos de nuestro Maestro y Señor son ciertamente sublimes; de ello no hay duda. Sin embargo, no deja lugar sobre esto á falsos pretextos, ya que no es solamente á los Apóstoles, á los religiosos y religiosas y á los ermitaños, sino á todos los que quieren ser hijos de Dios, á quienes se aplican estas palabras: «Porque os digo que, si vuestra justicia no fuese mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.» ⁽¹⁾

En esta cuestión, hasta tenemos á nuestros adversarios como garantía de la sublimidad y de la pureza de nuestra doctrina, ya que son precisamente los mejores testigos que afirman que ella exige del más ínfimo de los hombres mucho más de lo que se atreve á esperar el mundo de sus mayores héroes. ¿Por qué, pues, escudriñan ellos cada una de nuestras faltas con tanta atención? ¿Por qué lanzan gritos de júbilo cuando sorprenden una debilidad en nosotros? Bien saben excusar los descarríos más funestos en los príncipes de la literatura y del arte. Espíritus audaces alaban sus pasos en falso como grandes acciones, y quizás admitan que nosotros, pequeños, no somos dignos de imitarlos. Por lo contrario, enseñánnos que esas grandiosas usurpaciones de una fuerza genial nos ofrecen la materia más propia para admirar á los genios sublimes de donde emanan. ⁽²⁾ Pero si la camarera, cuya conducta modesta y reservada es ya objeto de ciertas críticas, olvida por casualidad una de esas innumerables comisiones contradictorias que se le ordenan en una hora; si, en un momento de debilidad lamentable, se abandona á ese mal humor,

(1) Matth., V, 20.

(2) Cf. Parte II, *Conf.*, XI.

cuyo ejemplo le dan sus amos, hay que ver el juicio severo que formulan sobre ella. He aquí—dicen—cómo la piedad hace inútiles é insoportables á las gentes y cómo ese Cristianismo, á fuerza de imponer oraciones y de obligar á frecuentar iglesias, no logra jamás mejorar interiormente al hombre y hacerlo más amable. En cuanto á la manera como se lanzan, en la literatura sabia ó ignorante, sobre cada defecto de un héroe cristiano,—el cual desgraciadamente también es hombre—cuyo nombre apenas se dignarían mencionar sin esto, nada diremos.

En una palabra, tienen para nosotros una medida distinta de aquella con que miden el mundo. Pues bien, este mismo hecho es ya una prueba suficiente de la sublimidad de nuestra fe, y, al mismo tiempo, de la debilidad moral de la formación, tal como la ofrece el mundo. Se exige de nosotros una perfección en la que nadie piensa fuera de nuestra religión; se condenan en nosotros bagatelas que ni siquiera se advierten en las gentes del mundo, y confiesan que la más ligera debilidad humana es inadmisibile en el cristiano y aun incompatible con su dignidad.

3. La moral cristiana es superior á la moral humanista por su sencillez.—Otra prueba que habla también en favor de la justicia cristiana, es la manera muy diferente de exponer la doctrina cristiana y la doctrina humanista.

Sin duda alguna, todos han notado que los oradores, los poetas y los filósofos antiguos contienen un tesoro de profundas sentencias con las cuales la literatura posterior—hecha excepción de la sabiduría callejera, los proverbios populares,—en manera alguna podría rivalizar. Pero el que haya llegado á familiarizarse con los poetas y sabios orientales, al pasar de sus obras á nuestras obras cristianas, experimentará la misma impresión que, si después de beber un vino caliente y espumoso, probase el áspero y seco de las colinas del Rhin.

Nos acordamos aún de la decepción que sufrimos cuando, en nuestra juventud, poseídos de un sentimiento de

vergüenza por nuestros estudios paganos, quisimos dar á nuestros apuntes, llenos de citas de Horacio y de Sófocles, una fisonomía cristiana por medio de trozos escogidos del Dante. Encontrábamós entonces que el provechó era muy mezquino, pero no sabíamos de qué podía provenir esto. Una especie de tentación contra la estima del espíritu cristiano se apoderó al punto de nuestra inteligencia superficial de joven; después, á medida que ensanchábamós el círculo de nuestros estudios, hacíamos la misma experiencia. Felizmente para nosotros, comenzó á brillar una luz que poco á poco fué iluminándonos y que nos explicó el enigma; y vimos que San Bernardo podía fácilmente superar á Séneca en materia de sentencias ricas y enérgicas; que Calderón, con sólo quererlo, podía superar á Djeled Eddin Rumí en materia de pompa de estilo y profundas ideas; que San Agustín podía fácilmente también triunfar de Hariri. ¿Por qué, pues, no quisieron lo que les era posible? ¿Por qué el mejor de nuestros poemas gnómicos de la Edad Media, la *Modestia* de Freidank, el cual, en conjunto, es superior á todas las obras antiguas análogas, les es inferior desde que se toman separadamente sus sentencias y las comparamos con las de la sabiduría antigua ú oriental?

Sin duda alguna que esto no es pura casualidad, sino que debe reconocer una causa. Esta causa existe en realidad, y es muy excelente y honrosa para nosotros. Este contraste nos recuerda involuntariamente nuestros poemas heroicos de la Edad Media con sus descripciones de batallas gigantescas. ¡Cómo los emires paganos se lanzan cuajados de perlas y brillantes por la llanura! Al leer estas páginas, casi cierra uno los ojos; ¡de tal modo las piedras preciosas despiden rayos, heridas por el sol! ¡Cuán distantes están los caballeros cristianos de igualarlos con sus férreas armaduras! ⁽¹⁾ Sin embargo, también éstos aparecen ricamente ataviados: sus yelmos y escudos brillan como astros, y, cuando se dirigen al combate, quien los mire des-

(1) Guibert. Novigent., *Gesta Dei per Francos*, 8, 3, 19.